



**Manchester
Metropolitan
University**

Phillips, Gervase (2017) La transformación de la moral militar: armas y soldados en el campo de batalla del siglo XIX. *Revista Universitaria de Historia Militar On-line*, 6 (11). pp. 278-299. ISSN 2254-6111

Downloaded from: <https://e-space.mmu.ac.uk/621146/>

Version: Published Version

Publisher: Centro de Estudios de Historia Militar

Usage rights: Creative Commons: Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 4.0

Please cite the published version

<https://e-space.mmu.ac.uk>

La transformación de la moral militar: armas y soldados en el campo de batalla del siglo XIX *

Gervase Phillips

Manchester Metropolitan University

Traducido por Esther Montañés Sánchez

En las postrimerías de la Guerra Civil americana, Theodore Upson, un veterano combatiente federal, había llegado casi al final de su prolongado servicio a las órdenes del General William Sherman. En la primavera de 1865 se encontraba en Carolina del Norte luchando contra los restos del Ejército Confederado, que estaba colapsando frente a él y sus camaradas. Mientras otro de los harapientos regimientos “castaños” se deshacía, Upson divisó un jinete montado sobre una mula en medio de una dotación de artillería rebelde: «Justo cuando iba a abrir fuego, algo me dijo: “no mates al hombre, mata a la mula”. Así que... disparé a la mula justo detrás de la pata delantera. El hombre cayó y esto los retrasó tanto que conseguimos el cañón... Me alegro de haber disparado a la mula en lugar de al hombre».¹

La elección de Upson evidencia la humanidad del combatiente. No es ni el autómatas representado por la historia militar tradicional –que se retira, permanece en su posición o avanza junto a una compañía, regimiento o brigada, a las órdenes de algún famoso “gran capitán”–, ni tampoco es simplemente un obediente asesino de uniforme que puede ser ignorado por aquellos que, por otra parte, se describen a sí mismos como “historiadores sociales”, interesados en la vida de la gente corriente. El campo de batalla del siglo XIX planteó retos éticos únicos y conllevó la toma de decisiones por parte de aquellos individuos sumidos en el humo acre, espeso y negro de las descargas de pólvora. La autonomía física y moral del soldado, sin embargo, quedaba frecuentemente limitada por la formación táctica en la que era desplegado (que englobaba tanto la cercanía de sus compañeros como, lo que es más importante, de los jefes de unidad) y por las características tecnológicas de su armamento.

Formaciones, armas y moral

Durante los primeros años del siglo, la mayor parte de la infantería de línea luchaba hombro con hombro en formaciones cerradas, armados con mosquetes de ánima lisa, que eran

* Publicado originalmente como Gervase PHILLIPS: “Military Morality Transformed: Weapons and Soldiers on the Nineteenth-Century Battlefield”, *Journal of Interdisciplinary History*, XLI (2011), pp. 565-590. Traducido para la *Revista Universitaria de Historia Militar* con el permiso de los editores del *Journal of Interdisciplinary History* y The MIT Press, Cambridge, Massachusetts.

¹ Theodore UPSON: *With Sherman to the Sea: Civil War Reminiscences of Theodore F. Upson*, edición de Oscar Winther, Bloomington, Louisiana State University Press, 1943, pp. 159-160.

poco precisos una vez superados los 150 metros. De ahí que la mayoría del fuego que se hacía en el campo de batalla fuese mediante descargas sin apuntar realizadas desde los poco precisos rifles de avancarga, dirigidos hacia las formaciones enemigas. Las mejores tropas eran aquellas que disparaban rápido, tres o cuatro veces por minuto. Avanzado el siglo, los oficiales veteranos y los teóricos militares recordarían a los soldados de Federico el Grande y de las Guerras Napoleónicas casi como máquinas, donde «los hombres eran adiestrados, no entrenados», bajo un sistema de disciplina física brutal que les enseñaba a repetir las acciones de carga y disparo como por acto reflejo, incluso cuando estaban sometidos a la presión psicológica del combate. Ante los ojos de sus compañeros, el miedo a la deshonra les mantenía en su puesto; si el terror superaba al honor, la proximidad de los oficiales, sargentos y cabos aseguraba que se les podía forzar a volver a su sitio mediante la alabarda o el filo de la espada.²

La mayoría de las tropas de línea (en oposición a los expertos tiradores de primera o a los fusileros que luchaban en formaciones abiertas y elegían deliberadamente a sus objetivos) raramente se enfrentarían a la realidad ética de que sus disparos estuvieran matando o mutilando a otros seres humanos. No solamente disparaban todos a la vez, diluyendo de esta manera cualquier sentido de responsabilidad individual, sino que además, en una gran refriega, eran incapaces de ver claramente los efectos de sus descargas. En un día calmado y sin viento en la época de la pólvora negra, los soldados de primera línea pronto se quedaban sin apenas visibilidad. Después de un duro combate en las afueras de Charleston, Carolina del Sur, a finales de 1864, el coronel George Harrison, del 32º Regimiento de Infantería de Georgia, recordaba «el denso humo de los disparos del enemigo, que debido al peculiar estado de la atmósfera no ascendía, sino que nos ocultaba de la vista del enemigo. Era tan denso que en algunos lugares no se veía a una persona a más de cinco pasos de distancia.» De manera similar, su compatriota Joseph Shelby escribió de forma reveladora acerca del «salvaje polvo grisáceo», que se volvía cada vez más oscuro, perforado solo por los fogonazos de los disparos de los mosquetes.³

En el transcurso del siglo XIX, un conjunto de factores sociales, culturales y tecnológicos cambiarían gradualmente el entorno físico (y por consiguiente, también el psicológico) en el que luchaban la mayoría de los soldados, difuminándose los límites de las elecciones personales en el campo de batalla, y devolviendo una considerable capacidad de acción a la masa combatiente. Este desarrollo tuvo importancia en dos áreas relacionadas. En primer lugar, enfrentó a los oficiales de todos los ejércitos occidentales con la novedosa necesidad de tener que entender la psicología de los hombres a los que dirigían en la batalla. Este énfasis en las cualidades “morales” de los soldados corrientes, procedente la época victoriana tardía, ha sido minusvalorado por

² A.F. BECKE: *An Introduction to the History of Tactics, 1740-1905*, Londres, Hugh Rees, 1909, p. 37. Rory MUIR: *Tactics and the Experience of Battle in the Age of Napoleon*, New Haven, Yale University Press, 1998, pp. 68-104.

³ *The War of Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*, Washington DC, 1880-1901, Serie I, Vol. 35, Pt. I, Informe del Coronel George P. Harrison sobre la acción en la Calzada de Burden y la Isla de John, p. 255; Serie I, Vol. 22, Pt. I, Informe del Coronel Joseph O. Shelby, comandante de la 4ª Brigada de Caballería de Missouri, 7 de diciembre de 1862, p. 151.

algunos historiadores militares como un impulso atávico provocado por la emergente dominancia de la impersonal tecnología moderna en el campo de batalla. De hecho, los factores psicológicos y tecnológicos que conformaban la realidad de la batalla estaban sólidamente interconectados: las formaciones militares se dispersaban para evitar la potencia de fuego de las armas modernas; los oficiales sacrificaban buena parte del control directo que tenían sobre la tropa; y los hombres aislados elegían luchar o no.

En segundo lugar, la consideración de la capacidad de acción del soldado en el campo de batalla evidencia la naturaleza contingente de la agresión humana. Una reciente tendencia al alza en el estudio de la violencia de masas –evidente en trabajos de historia, sobre relaciones internacionales y de *genocide studies*–, que se basa en gran medida en la psicología social y evolutiva, señala la habilidad del hombre para la violencia y la facilidad con la que mata. Sin embargo, el campo de batalla del siglo XIX estaba poblado no solo por asesinos, sino también por individuos que deambulaban por él y otros que eludían cumplir con su deber, así como también por soldados que sí que lo hacían, como Upson, que rechazó matar cuando las circunstancias lo permitían. No en vano, matar no era la única obligación militar de los soldados, contrariamente a lo que sostienen diversos investigadores contemporáneos que lo ven como “la característica definitoria de la guerra”. De hecho, en los campos de batalla arrasados por la potencia de fuego de las armas modernas, la capacidad de soportar un elevado número de bajas era identificada como un elemento crucial de la eficiencia militar. Los líderes militares reconocían la firmeza y la autonomía del soldado individual emergentes como un desarrollo tan importante como el perfeccionamiento de la tecnología armamentística.

Tanto para los contemporáneos como para las posteriores generaciones de historiadores militares, esta evolución se manifestó fundamentalmente en áridos debates tácticos centrados en los méritos relativos de las formaciones en orden cerrado –en las que los soldados eran vulnerables a los disparos, pero estaban sometidos a la disciplina–, y de las formaciones en orden abierto (o “de avanzada”) –en las que los soldados tendían a dispersarse para buscar cobertura y disparar a discreción o no disparar en absoluto. Para los oficiales frustrados, tal comportamiento era consecuencia de una deficiencia en el carácter. [Theodore] May, que sirvió como capitán en la campaña prusiana contra Austria de 1866 y que fue estudioso de la misma, escribió: «Si todos los soldados cumplieran con su deber en la batalla por propia iniciativa, un ejército sería prácticamente invencible... Pero el ser humano tiene en su propia esencia un deseo natural de supervivencia, una egolatría y una indolencia unidos a ciertos deseos sensuales... ¿Quién podría entonces mantener que la muerte le es indiferente?»⁴

Tradicionalmente, la tecnología armamentista ha sido vista como un elemento central de esta cuestión. La evolución de las sucesivas generaciones de “armas de precisión”, desde el mosquete de avancarga hasta el arma de retrocarga y, ya a finales del siglo XIX, los rifles de repetición con pólvora sin humo, dejó armas aún más letales en manos de los soldados de infan-

⁴ La cita de Theodore May en Robert HOME y Sisson PRATT: *A Précis of Modern Tactics*, Londres, Stationery Office, 1892, p. 18.

tería. El tiro más rápido y preciso causaba dispersión entre las tropas, y de esta manera se incrementaba la autonomía de los soldados. Hamley, autor del texto modelo sobre teoría militar para candidatos a oficiales en Sandhurst durante la época victoriana, describió cómo «desde la introducción de los rifles y los rifles de asalto en los ejércitos», las formaciones buscaron «ofrecer menos blancos frontales y en profundidad y cubrirse en la medida en que el terreno lo permitiese». Sin embargo, esta ponderación de la creciente letalidad de las armas de infantería como dinámica central de las tácticas militares, privilegiando las explicaciones tecnológicas del cambio, minusvalora la humanidad de los soldados e ignora otros debates contemporáneos acerca del carácter “moral” (o psicológico) del ser humano en la batalla.⁵

No en vano, los historiadores militares del siglo XX mostraron una marcada tendencia a no considerar la opinión de los oficiales que, entrenados en la época victoriana, señalaban la continua importancia del “factor moral en la guerra” como ideológicamente conservador y ajeno a las nuevas realidades tecnológicas de la batalla. Los que estudiaron la Primera Guerra Mundial, en la que la vulnerabilidad del combatiente a la metralla, las balas de las ametralladoras y los explosivos era muy evidente, a menudo acusaban a los comandantes que sirvieron en esta, en palabras de Travers, de excesiva preocupación por «la orientación moral del campo de batalla» en detrimento de la total comprensión «del campo de batalla tecnológico». Dentro de esta tradición historiográfica, los debates tácticos de finales del siglo XIX parecen ser intercambios particularmente estériles en los que frustrados reformadores no lograban convencer a los establishments militares conservadores –personificados en forma de cuerpos de élite socialmente exclusivos– de que el espíritu humano, por grande que fuese, no podría sobreponerse a las nuevas y letales «armas de precisión».⁶

No obstante, la distinción entre el campo de batalla orientado hacia la moralidad y el orientado hacia la tecnología es una falsa dicotomía, y el énfasis contemporáneo en el estado anímico del soldado y su voluntad de combatir no eran ni tan infundados ni tan reaccionarios como las generaciones posteriores de historiadores han sostenido. Recientes estudios de Griffith, Echevarría II y otros, centrados en la historia de las tácticas bélicas, sostienen que los teóricos militares del siglo XIX no solo reconocían plenamente los retos que suponían las nuevas tecnologías armamentistas, sino que también entendían que el elemento humano seguía siendo un factor importante, e incluso decisivo, en el combate. La lectura minuciosa de la teoría táctica revela una aceptación generalizada de que las formaciones de infantería podían romperse como

⁵ Edward HAMLEY: *The Operations of War Explained and Illustrated*, Londres, [s.n.], 1888, p. 361. Los historiadores militares modernos tienden a traducir el término *moral* [N. del T.: aquí se refiere al adjetivo “moral” o “ético”. *Moral* en el artículo original] como *moral* [N. del T.: en referencia al sustantivo “moral”. *Morale* en el artículo original] cuando se lo encuentran en trabajos de teóricos del siglo XIX. Si bien esta interpretación es a menudo correcta, no es menos cierto que en ocasiones estos teóricos buscaban darle al término un significado psicológico más amplio que simplemente *actitud* o *disposición*.

⁶ Tim TRAVERS: *The Killing Ground: The British Army, the Western Front and the Emergence of Modern Warfare, 1900-1918*, Londres, Allen&Unwin, 1987, pp. 62-82. Como ejemplos de los debates véanse Trevor N. DUPUY: *The Evolution of Weapons and Warfare*, Nueva York, Da Capo Press, 1984, pp. 212-217; o Eric DORN BROSE: *The Kaiser's Army*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

resultado del combate. El problema era mantener esta tendencia dentro de los límites aceptables. En 1873, a los oficiales británicos se les advirtió: «Se deben tomar precauciones especiales para evitar que la frecuente dispersión y la formación de fuertes líneas de escaramuzadores, algo que el presente modo de hacer la guerra demanda, lleve a una pérdida perjudicial de la cohesión táctica. Este problema solo puede contrarrestarse mediante una estrecha conexión de los oficiales con la formación de batalla, y con un alto grado de disciplina en la acción y el disparo, combinado con un riguroso y estricto sistema de instrucción». Como sugirió el General ruso Mikhail Dragomirov «el hombre es siempre un hombre, el primero de todos los instrumentos de batalla»⁷

El debate táctico entre los defensores de las formaciones dispersas y los de las formaciones cerradas se debe entender no como un estancamiento ideológico entre fuerzas progresistas reformistas y otras conservadoras, estrechas de miras, sino como un desacuerdo práctico entre profesionales militares con respuestas igualmente válidas frente a la naturaleza cambiante del combate. Con esto no pretendo negar que los factores culturales y políticos puedan dar forma a debates tácticos y normativas militares. Las nociones contemporáneas de la “raza”, por ejemplo, estuvieron muy presentes, con frecuencia, en los trabajos de los teóricos militares. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, de Pardieu predijo que las tácticas dispersas se adaptaban a los soldados franceses más que a los «física y moralmente fuertes» alemanes, a quienes, a pesar de ser «rigurosamente disciplinados... vigorosos [y] valientes», les faltaba la «iniciativa», «rapidez de reacción» y «capacidad para librarse de las dificultades» innatas de los franceses. Los teóricos militares alemanes parecían albergar opiniones análogas. Hohenlohe recordaba que «de enseñaron que un francés puede, por naturaleza, vencer a un alemán en una lucha a bayoneta». Este contexto cultural fue importante a la hora de enmarcar los debates tácticos contemporáneos, pero no distorsionó completamente sus bases empíricas.⁸

La autonomía y la psicología de los soldados en el campo de batalla

La permanente influencia de la historia social en la historia militar ha promovido el interés por la actuación de los soldados corrientes. Esta tendencia comenzó en los Estados Unidos en el periodo de entreguerras, cuando Lonn y Martin abordaron el hasta entonces tema tabú de la desertión durante la Guerra Civil Americana. La identificación por parte de Martin de los complejos motivos sociales, políticos y económicos que indujeron a los hombres a abandonar el ejército remarcó la ruptura de clase que distanció a muchos soldados blancos pobres de la causa

⁷ Paddy GRIFFITH: *Forward into Battle*, Novato, Presidio Press, 1992. Antulio ECHEVARRIA II: *After Clausewitz: German Military Thinkers before the Great War*, Lawrence, University Press of Kansas, 2000. Robert HOME y Sisson PRATT: op. cit., p. 35. La cita de Dragomirov en p. 17.

⁸ Para el debate táctico véanse Paddy GRIFFITH: *Forward into Battle*; y Antulio ECHEVARRIA II: op. cit. Marie F. DE PARDIEU: *A Critical Study of German Tactics and the New German Regulations*, traducción de Charles F. Martin, Fort Leavenworth, Hugh Rees, 1912, pp. 7-8; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, traducción de N.L. Walford, Londres, E. Stanford, 1892, p. 36.

de los Estados Confederados. Su profético análisis fue uno de los primeros en señalar las divisiones sociales internas como un serio factor en la derrota del Sur. En 1943, Wiley, también para la Guerra Civil Americana, empleó la metodología de la historia social para analizar lo que suponía ser un soldado, desde el reclutamiento hasta el campo de batalla, poniendo particular énfasis en las condiciones materiales de alimentación, vida en el campamento, ocio y combate. En su volumen de 1952 sobre los combatientes de la Unión partió de los entonces recientes estudios psicológicos sobre veteranos de la Segunda Guerra Mundial para arrojar luz sobre la motivación de los individuos en combate, descubriendo la importancia de «la cohesión del grupo primario» (el grado más cercano de camaradería existente entre pequeños grupos de soldados que servían juntos).⁹

El uso que hizo Wiley de los datos psicológicos proporcionó un marco interdisciplinar muy relevante para la conceptualización que los historiadores hicieron sobre los combatientes. Los militares profesionales, sin embargo, habían estado consultado estudios sobre la mente humana desde mediados del siglo XIX. Durante muchos años, el análisis mejor valorado del comportamiento humano en combate fue *Battle Studies*, de Du Picq, publicado inicialmente en 1880, diez años después de que el autor muriese en batalla cerca de Metz, durante la Guerra Franco-Prusiana. De hecho, se publicaron nuevas ediciones para la formación de cadetes oficiales norteamericanos tan tarde como en 1946. Incluso aunque la Primera Guerra Mundial había mostrado el aterrador impacto de la artillería moderna, las armas automáticas, los aviones, el gas venenoso y los vehículos blindados, la formación de los nuevos soldados todavía mantenía su interés por el elemento humano en combate. Además, las observaciones de von Schell acerca del liderazgo en combate se centraron en la creencia de que «la reacción psicológica del individuo [en la batalla] es cada vez más importante». Su trabajo, traducido para los lectores norteamericanos en 1933, tuvo gran influencia en la doctrina táctica de los EE.UU durante la Segunda Guerra Mundial.¹⁰

Estudios psicológicos sobre las tropas de combate durante la Segunda Guerra Mundial dieron lugar a uno de los más controvertidos tratados escritos hasta el momento sobre la voluntad de luchar, *Men Against Fire*, de Marshall. El argumento de Marshall, que solo uno de cada cuatro soldados disparaba sus armas en combate, ha sido desde entonces enormemente discutido. Su metodología era ciertamente cuestionable, y su trabajo se trataba en realidad de un es-

⁹ Ella LONN: *Desertion during the Civil War*, Nueva York, The Century Co., 1928; Bessie MARTIN: *A Rich Man's War, A Poor Man's Fight: Desertion of Alabama Troops from the Confederate Army*, Nueva York, Columbia University Press, 1932; Bell I. WILEY: *The Life of Johnny Reb: The Common Soldier of the Confederacy*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1943; Íd.: *The Life of Billy Yank: The Common Soldier of the Union*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1952. Los historiadores militares europeos tardaron un tiempo en seguir la perspectiva Americana, sin embargo John KEEGAN: *The Face of Battle*, Londres, Viking Press, 1976, fue muy influyente a la hora de introducir perfiles de soldados corrientes en los trabajos de la historia militar británica.

¹⁰ Ardant DU PICQ: *Battle Studies: Ancient and Modern Battle*, traducción de John N. Greeley y Robert C. Cotton, Fort Leavenworth, The Military Services Publishing Company, 1946; Adolf VON SCHELL: *Battle Leadership*, traducción de Edwin Harding, Fort Benning, Benning Herlad, 1933, pp. 9-19; Edwin HARDING (ed.): *Infantry in Battle*, Washington DC, The Infantry Journal Incorporated, 1934.

tudio más polémico que riguroso. Sin embargo, el fenómeno del que Marshall daba cuenta les habría resultado muy familiar a los teóricos de finales del siglo XIX que discutían acerca de los méritos relativos de la formación cerrada por encima de las tácticas dispersas, aunque su forma de explicarlo fuera sorprendentemente diferente. Mientras que May citó la «egolatría» y la necesidad de «supervivencia», el análisis de Marshall y de aquellos que lo asumieron, como Grossman, sugería por ejemplo que la mayoría de los hombres, como Upson, eran simplemente «reticentes a matar» en combate.¹¹

Esta idea, sin embargo, va en contra de una tendencia historiográfica emergente que incide en la crucial inclinación de los individuos a involucrarse en la violencia letal. Con la afirmación de que «el acto característico del hombre en la guerra no es morir sino matar», Bourke argumentó, fundada en el peso de la considerable evidencia de las guerras mundiales y de la Guerra de Vietnam, que muchos soldados se sentían realizados en combate, encontrando «emoción, alegría y satisfacción» en matar. Esta disposición para matar ha sido también destacada de manera prominente en trabajos de otros investigadores sobre la violencia de masas, y en estudios sobre genocidio y relaciones internacionales. En un intento por comprender las motivaciones de los “hombres corrientes”, reservistas de mediana edad que formaron los cuerpos de seguridad alemanes en el Este de Europa y que participaron en diversas masacres de judíos a lo largo de 1942, Browning estableció que no más del 20% de ellos rechazaron convertirse en asesinos, aunque tuvieran la opción. Sin embargo, más que «emoción, alegría y satisfacción», en el otro 80 % Browning detectó la presión grupal y el intentar evitar parecer «débil», la exoneración moral facilitada por la obediencia a la autoridad, y el refuerzo, a causa de la guerra, de una lucha en curso entre «razas» que dejaba a los judíos fuera de «la comunidad de obligación humana».¹²

Si bien los soldados en el campo de batalla y los perpetradores de una masacre se enfrentan a diferentes situaciones éticas (a pesar del frecuente solapamiento de ambos procesos en la guerra), el análisis histórico del comportamiento de estos dos grupos ha tendido a mirar hacia un patrón común de psicología social. Tanto Bourke como Browning, por ejemplo, hablan de “estados agénticos”, en los que el conflicto ético se reduce o niega mediante la abrogación de la responsabilidad individual en una autoridad más elevada. Browning, como algunos otros destacados investigadores del genocidio, hace referencia a los experimentos dirigidos por Milgram en la Universidad de Yale entre 1960 y 1963, en los que una serie de voluntarios, en respuesta a las instrucciones de un “científico”, mostraron una disposición a infligir (lo que ellos pensaban que eran) descargas eléctricas de intensidad creciente a individuos, aparentemente voluntarios como ellos (si bien en realidad no lo eran). Aunque controvertido, el trabajo de Milgram puso de

¹¹ Véase la introducción de Russell Glenn al libro de Samuel L.A. MARSHALL: *The Problem of Battle Command*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000 [ed. original sin introducción de 1947], pp. 1-8; Dave GROSSMAN: *On Killing*, Nueva York, Back Bay Books, 1995, pp. 28-36.

¹² Joanna BOURKE: *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare*, Londres, Granta Books, 1999, p. 1; Christopher R. BROWNING: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Londres, Penguin, 2001, pp. 159-190.

manifiesto una profunda y arraigada inclinación de la conducta humana hacia la obediencia. Esta noción de un estado agéntico sumiso parece contradecir preliminarmente la idea del soldado rezagado, fuera del alcance de su oficial y por consiguiente liberado de su autoridad constrictora. Sin embargo, como menciona Browning, la artificialidad de los experimentos de Milgram no es capaz de reproducir las circunstancias específicas y complejas de los eventos históricos: cuando Wilhem Trapp, el oficial al mando del 101º Batallón de Policía de Reserva, ordenó por primera vez a sus hombres asesinar a civiles judíos, lloró, permitiendo a aquél que lo deseara el marcharse sin que tuviera que temer represalias posteriores. A pesar de que la autoridad inmediata era débil en este caso, solo una pequeña minoría de hombres aceptó la oferta de Trapp.¹³

La autoridad de los oficiales sobre los soldados que luchaban en formaciones de orden cerrado también fue probablemente débil, aunque por diferentes razones. En 1863, de la Barre Duparcq, “Catedrático de Arte Militar” en la escuela castrense de Saint-Cyr escribió: «Todo el fuego que se realiza en el combate bajo órdenes directas dura poco tiempo, y es poco práctico para cualquier acción rápida. Las órdenes de los diferentes oficiales se confunden, y el ruido de la artillería e incluso del mosquetón, la agitación del combate, incrementada por los gritos de los heridos, hacen imposible a los soldados prestar la atención necesaria para cargar y disparar todos juntos al mismo tiempo». Así, la noción que los individuos disparaban (y, por ende, mataban) siempre siguiendo órdenes era, en muchos aspectos, una útil ficción perpetuada por los libros de instrucción más que por la realidad del campo de batalla. La decisión de hacer uso de la capacidad letal de un arma quedaba, fundamentalmente, en manos de los propios combatientes.¹⁴

Estimar la incidencia del número de soldados que rechazaron hacer uso de sus armas en los campos de batalla del siglo XIX es problemático: la evidencia, aunque apunta ciertas cuestiones, es también ambigua. Un oficial de caballería holandés, en 1863, daba a entender que la mayoría de los soldados eran reacios a matar, al menos hasta que se endurecían con la experiencia: «Hay pocos que se muevan de forma natural por un estoico sentido del deber, y que maten fríamente a un tipo al que no habían visto antes. Solo la violencia de la guerra engendra el hábito de derramar sangre humana sin repugnancia». Los restos materiales de la batalla ofrecen un intrigante pero inconcluso testimonio. Hohenlohe, que registró diversas escenas de batalla en 1866, «encontró rifles de avancarga cargados con diez cartuchos sucesivos, de los cuales el primero estaba colocado en la parte posterior (la prueba de que el soldado no se había dado cuenta de que el primer disparo no había sido efectuado, y había continuado poniendo más cartuchos uno tras otro)». Este fenómeno fue bien una consecuencia de un mal manejo del arma por parte

¹³ Christopher R. BROWNING: op. cit., pp. 55-70 y 171-176. James WALLER: *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Murder*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 107-115; Donald DUTTON: *The Psychology of Genocide, Massacres and Extreme Violence*, Londres, Praeger Security International, 2007, pp. 20, 45 y 135; Stanley MILGRAM: *Obedience to Authority: An Experimental View*, Nueva York, Harper&Row, 1974.

¹⁴ Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: *Elements of Military Art and History*, traducción de George W. Cullum, Nueva York, D. Van Nostrand, 1863, p. 70.

del soldado, fallando repetidamente hasta darse cuenta de que no estaba disparando –como Hohenlohe interpretó–, o bien una estrategia deliberada por la que podía parecer que los combatientes estaban utilizando sus rifles sin que en realidad estuvieran disparando.¹⁵

Psicología evolutiva y naturaleza humana

De nuevo, la complejidad de las circunstancias históricas específicas dificulta las explicaciones del comportamiento basadas en el concepto de “estados agénticos”. En un intento de entender la agresividad de los individuos, los investigadores de la violencia de masas han ido más allá de la psicología social y han incorporado el trabajo de los psicólogos evolutivos, atreviéndose a revivir el concepto de “naturaleza humana” como un componente fundamental de las humanidades y de las ciencias sociales. Por ejemplo, tanto Gat como Thayer han cimentado sus interpretaciones de la violencia colectiva y los conflictos étnicos dentro del marco de la perspectiva darwinista. Basándose en pruebas zoológicas de conflictos entre animales sociales de la misma especie (particularmente primates), en pruebas arqueológicas de conflictos armados en las primeras sociedades humanas, así como en estudios antropológicos de violencia en las sociedades cazadoras-recolectoras, Gat y Thayer cuestionaron lo que se consideraba la postura ortodoxa propuesta por Mead y otros de que la guerra es una actividad humana “inventada” hace relativamente poco.¹⁶

Este punto de vista tiende a mezclar la guerra, una actividad colectiva, y la capacidad humana individual para la agresión, empleando a los chimpancés, nuestros parientes biológicos más cercanos, como paradigma de los humanos «en un estado natural». Se ha observado a las manadas de chimpancés patrullando el territorio de manera agresiva, protegiendo las fuentes de alimento y lanzando ataques organizados contra grupos enemigos. Una emboscada en grupo sobre un rival solitario es su táctica favorita, particularmente brutal. Los investigadores han atribuido la violencia del primate «macho demoníaco» en la guerra y en el mantenimiento de estructuras jerárquicas sociales muy rígidas a una innata tendencia humana a la agresión, proporcionando así, en teoría, un modelo explicativo para el soldado diligente, que encuentra «emoción, alegría y satisfacción» en matar.¹⁷

¹⁵ Jean ROEMER: *Cavalry: Its History, Management and Uses in War*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1863, p. 144; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, p. 34. Véase, por ejemplo, Dave GROSSMAN: op. cit., pp. 22-25, para una argumentación acerca de soldados recargando, pero no disparando, en la batalla de Gettysburg en 1863.

¹⁶ Azar GAT: *War in Human Civilisation*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 1-333; Bradley THAYER: *Darwin and International Relations: On the Evolutionary Origins of War and Ethnic Conflict*, Lexington, University Press of Kentucky, 2004, pp. 96-152; Lawrence KEELEY: *War before Civilisation*, Nueva York, Oxford University Press, 1996; Steven LEBLANC: *Constant Battles: Why We Fight*, Nueva York, St. Martin's Press, 2003; Margaret MEAD: “Warfare Is Only an Invention – Not a Biological Necessity”, *Asia*, XV (1940), pp. 402-405.

¹⁷ Richard WRANGHAM y Dale PETERSON: *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Boston, Bloomsbury, 1996.

Sin embargo, el ejemplo de Upson, que erró el tiro para evitar matar a un enemigo vulnerable, es un poderoso recordatorio de que los humanos pueden moderar cualquier “agresión innata” que aceche en su composición evolutiva, comprendiendo cuáles son las consecuencias de sus acciones y atemperando así su comportamiento —un proceso que incorpora la idea del libre albedrío humano. Tal y como Marks argumentó de manera convincente, a pesar de sus semejanzas genéticas humanos y chimpancés son distintos desde un punto de vista adaptativo y ecológico, con modelos no compartidos de expresión genética en el cerebro. Por ello, la capacidad para la agresión de ambos puede tener poco en común en términos evolutivos, una vez que se separaron como grupo y especie hace cuatro millones de años. La prueba arqueológica relativa a la omnipresencia de la “guerra” entre los humanos primitivos (que además implica su arraigo en la naturaleza humana) es igualmente problemática. Las puntas de flecha y lanza incrustadas en restos humanos o las pinturas rupestres de arqueros lanzándose proyectiles unos a otros vienen a demostrar la existencia de conflictos prehistóricos e intragrupal, si bien la naturaleza exacta y el contexto de esta violencia sigue siendo difícil de interpretar. ¿Se trataba de guerras, asaltos, asesinatos o masacres? Pese a cualquier potencial humano innato para la agresión, cualquier caso de violencia requiere mayor explicación que una vulgar afirmación de determinismo evolutivo.¹⁸

El intento de estudiar la composición de la mente humana a través de la psicología informada por la teoría evolutiva no debe confundirse con la propuesta de un comportamiento violento innato genéticamente determinado, una sospechosa búsqueda que amenaza con replicar las falacias de los sociobiólogos o incluso de los eugenistas. Una aproximación más responsable sería enfatizar la manera en que las estrategias y técnicas predatorias se hicieron más complejas a medida que las capacidades del cerebro humano evolucionaron. La aparición de estrategias predatorias más elaboradas (o, a la inversa, alternativas como el comercio y el intercambio, y la huida o la sumisión) dependieron de factores medioambientales como la competencia por los escasos recursos y de factores culturales como la búsqueda de riqueza y estatus, venganza, o defensa del honor. El campo de batalla del siglo XIX era un contexto peculiarmente complejo en el que los instintos humanos más poderosos de supervivencia y agresión competían con las demandas de autoridades políticas, sociales y religiosas, de los principios morales, y del compromiso con los compañeros (“lealtad al grupo primario”), dando lugar a actitudes ambiguas hacia el acto de matar.¹⁹

¹⁸ Jonathan MACK: *What it Means to be 98% Chimpanzee*, Berkley, University of California Press, 2003; Barton C. HACKER: “Fortunes of War: From Primitive Warfare to Nuclear Policy in Anthropological Thought”, en Myrdene ANDERSON (ed.), *Cultural Shaping of Violence: Victimization, Escalation, Response*, West Lafayette, Purdue University Press, 2004, pp. 151 y 153.

¹⁹ Ulica SEGERSTRÅLE: “Evolutionary Explanation: Between Science and Values”, en Jerome H. BARKOW (ed.), *Missing the Revolution: Darwinism for Social Scientists*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 121-147; Jean GUILAINE y Jean ZAMMIT: *The Origins of War: Violence in Pre-history*, traducido por Melanie Hersey, Londres, Blackwell, 2001; Antony MCGINNIS: *Counting Coup and Cutting Horses: Intertribal Warfare on the Northern Plains, 1738-1889*, Evergreen, Cordillera, 1990.

Tecnología armamentística y “factores morales”

Como era de esperar, el campo de batalla estaba poblado de individuos que deambulaban por él así como de asesinos, siendo ambas opciones, a menudo, una cuestión de contingencia táctica para los individuos. Sus experiencias no corroboran la sencilla dicotomía de Bourke entre morir y matar, porque el combate, como cualquier otro fenómeno del ser humano, tiene lugar bajo circunstancias cambiantes, y sus “actos característicos” pueden no ser necesariamente constantes. La relación que se establece entre tecnología armamentista y tácticas durante la segunda mitad del siglo XIX puede ilustrar este punto.

Buena parte del énfasis puesto en los “factores morales” de aquella época se centraba no en hacer que los soldados matasen repetidamente sino en hacerlos avanzar bajo el fuego, ignorando las bajas y resistiendo la necesidad de ponerse a cubierto, o de parar y devolver los disparos. Estas cualidades, que eran tan “características” de la batalla como el hecho de matar, explican el uso continuado de las tecnologías, aparentemente anacrónicas, de baja letalidad: la bayoneta, la lanza y el sable. El término «acción de choque» se refiere tanto a un shock psicológico como a una colisión física: la rapidez y el ímpetu de un regimiento cargando con las armas en ristre podía tener un poderoso efecto sobre el enemigo. El número real de bajas infligidas era a menudo irrelevante para el resultado de la táctica. Hay que considerar, por ejemplo, la exitosa carga de sables lanzada por el 10º regimiento prusiano de Húsares de Magdeburgo contra el 3er batallón del 51º regimiento húngaro en Benetek, durante la decisiva batalla de Königgrätz el 3 de julio de 1866. Los 681 soldados húngaros, agotados y casi sin munición, se habían abierto camino por una zona frondosa cuando el escuadrón de húsares, de unos 130 sables, cargó sobre ellos desde una hondonada cercana. La infantería, sorprendida, simplemente entregó sus armas y se rindió. Nadie en ninguno de los bandos resultó muerto o herido durante la carga.²⁰

La bayoneta tenía un poder similar para alentar a sus portadores e intimidar a aquellos a quienes apuntaban. Aunque infligía pocas bajas en combate, cuando se empleaba en un ataque su “efecto moral” hacía huir a los defensores de sus posiciones (o les llevaba a rendirse). La noción de que su tiempo había pasado fue rápidamente descartada apelando a sus efectos psicológicos: «la bayoneta, de hecho, nunca podrá ser abolida, porque se trata de la única y exclusiva materialización de esa tensión mental y determinación que hace que, sola, consiga su objetivo», escribía a finales del siglo XIX un reputado estratega alemán. Para mantener su clímax ascendente y, de esta manera, conferir a la carga un impacto moral, los soldados que cargaban a la bayoneta sobre una posición no podían detenerse para devolver el fuego a los defensores, aunque muchos sintieran el impulso irrefrenable de hacerlo. De Forest, un veterano de la Guerra Civil Americana, escribió que «el que ataquen o carguen contra uno sin responder es una de las mayores pruebas durante la batalla», y poder devolver los disparos era «maravillosamente

²⁰ Evelyn WOOD: *Achievements of Cavalry with a Chapter on Mounted Infantry*, Londres, George Bell and Sons, 1897, pp. 163-174; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Cavalry*, traducido por N.L. Walford, Londres, Stanford, 1911, p. 62.

reconfortante y vivificante». Sin embargo, si los hombres lo hacían el ataque inevitablemente fracasaba.²¹

En Fredericksburg, el 13 de diciembre de 1862, la mayoría de los asaltos unionistas contra las posiciones confederadas situadas en las colinas boscosas que rodeaban la ciudad fracasaron, pero el coronel Adrian Root logró un rotundo éxito al conseguir que su regimiento, el 94 de Infantería de Nueva York, avanzara a pesar de los fuertes impulsos de sus soldados de devolver el fuego al enemigo:

El fuego del enemigo era tan incesante y mortificante, y tantos de mis hombres resultaron muertos o heridos, que el frente de la brigada aflojó el paso, y los hombres, por voluntad propia, comenzaron a disparar. Parecía inminente que íbamos a detenernos, y un alto en medio de la terrible refriega a la que la brigada estaba expuesta habría supuesto la muerte, o peor aún, una desastrosa retirada... El Coronel Bates, del 12º Regimiento de Voluntarios de Massachusetts, cuya munición se había agotado, acató sin demora mi orden por la cual su regimiento se uniría con mi brigada en una carga de bayoneta. Debido al extenuante esfuerzo de los comandantes de regimiento y otros oficiales, el fuego era prácticamente discontinuo. La brigada continuó su avance, y conforme los hombres comenzaron a ver al enemigo su velocidad se incrementó hasta que, con un grito y a la carrera, la brigada saltó las zanjas, cargó a través de la vía férrea y ocupó las posiciones más allá del bosque, desalojando al enemigo, matando a un buen número con la bayoneta, y capturando a más de 200 prisioneros.²²

Este fragmento representa un sorprendente ejemplo de la relación que se establece en el campo de batalla entre la capacidad de acción del soldado, la autoridad del líder y las tácticas asociadas con un arma en particular, todo enmarcado dentro de un contexto histórico particular. El ciudadano-soldado americano de 1862 era descrito frecuentemente por los comentaristas políticos europeos como pésimamente instruido y falto de disciplina, pero con un alto grado de autonomía e iniciativa en el campo de batalla. Becke, un oficial de artillería de la época victoriana, escribió que la Guerra Civil «dibada por soldados voluntarios de inteligencia superior, se caracterizó por una gran libertad en lo que respecta a formaciones y movimientos». Esta independencia se manifestaba en la «maravillosa, reconfortante y vivificante» práctica de detenerse a disparar a los defensores cuando se estaba atacando, a menudo con un gran coste, hasta que, casi como último recurso, una parte o la otra finalmente recurría a las cargas de bayoneta, las cuales «cuando se hacían de manera resolutiva y sin disminución de la marcha... tenían éxito en nueve de cada diez ocasiones». Como demuestra el ejemplo del Regimiento nº 94 de Nueva York en Fredericksburg, los buenos oficiales podían ejercer una autoridad que compensaba la

²¹ Wilhelm BALCK: *Modern European Tactics*, traducido por Louis Maxwell, Londres, [s.n.], 1899, Vol. I, p. 277; John DE FOREST: *A Volunteer's Adventures: A Union Captain's Record of the Civil War*, New Haven, Oxford University Press, 1946, p. 111.

²² *The War of Rebellion...*, informe del Coronel Adrian Root, 11-15 de diciembre de 1862, Batalla de Fredericksburg, Va., Núm. 226, Serie I, Vol. 21, pp. 486-487.

autonomía de estos ciudadanos-soldado, ya que las formaciones de infantería eran todavía lo suficientemente densas como para poder ser controladas por líderes enérgicos.²³

En Fredericksburg, la infantería de los defensores estaba provista principalmente de armas de ánima lisa y rifles. A este último, aunque tradicionalmente se le atribuía el haber provocado una “revolución” en tácticas de infantería, no aumentó de forma significativa el alcance del fuego efectivo en el campo de batalla. Debido a su escasa velocidad, la bala viajaba en una marcada trayectoria parabólica hacia su objetivo. En manos de un tirador habilidoso, con una visión clara de su objetivo y un ojo acostumbrado a juzgar el alcance y ajustar el tiro, podía ser un arma peligrosa en distancias de más de 550 metros. En las manos de los nerviosos soldados que conformaban la infantería de línea, ensordecidos por las descargas, cegados por el humo y no demasiado buenos a la hora de estimar a ojo las distancias (como le pasa a la mayoría de los seres humanos), se empleaba generalmente en el corto alcance. A más largo alcance, los soldados frecuentemente disparaban alto. Consciente de las limitaciones del arma, el Capitán H.M. Johnstone llegó a la conclusión de que el alcance efectivo en combate («la distancia donde, en condiciones normales, las pérdidas del enemigo son suficientes para parar su avance») de los antiguos rifles Enfield o Springfield de la Guerra Civil era de 230 metros como mucho. Además, los rifles de avancarga disparaban solamente dos o tres proyectiles por minuto. El arma de retrocarga de disparo rápido fue lo que causó la verdadera revolución táctica.²⁴

Los primeros 600 000 fusiles “de aguja” Dreyse pedidos por el Gobierno prusiano en 1840 tuvieron un uso limitado en combate durante las revoluciones de 1848. Fuera de Prusia, sin embargo, las autoridades militares se mostraron inicialmente escépticas. En manos descuidadas, el fusil de aguja podía ser frágil. Además, tenía relativamente poco rendimiento balístico si era disparado con una trayectoria irregular, y ligeramente menos alcance que el mosquete. Las autoridades militares temían que su tasa de disparo, de siete u ocho proyectiles por minuto, pudiera conducir a un derroche de munición. No en vano, algunos comentaristas militares predijeron que los regimientos gastarían sus municiones tan rápidamente que quedarían indefensos. Sin embargo, la campaña de Prusia contra Austria en 1866 demostró la importancia del arma de retrocarga para los soldados europeos.²⁵

La elevada tasa de disparo del arma de retrocarga, su rápida capacidad de carga y la posibilidad de poder ser utilizado estando tumbado inspiraban confianza en los soldados, demostrando la estrecha interrelación entre factores psicológicos y tecnológicos en el campo de batalla. Aquellos combatientes que portaban el fusil de aguja se mostraban más agresivos en

²³ A.F. BECKE: op. cit., p. 41; Francis J. LIPPITT: *A Treatise on the Tactical Use of the Three Arms*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1865, pp. 24-25.

²⁴ Henry M. JOHNSTONE: *A History of Tactics*, Londres, H. Rees, 1906, p. 47. Véase también Earl HESS: *The Rifle Musket in Civil War Combat: Reality and Myth*, Lawrence, University of Kansas Press, 2008; Brent NOSWORTHY: *The Bloody Crucible of Courage*, Londres, Constable, 2005, pp. 571-593. Paddy GRIFFITH: *Rally Once Again: Battle Tactics of the American Civil War*, Ramsbury, The Crowood Press, 1989, pp. 73-90.

²⁵ Dennis E. SHOWALTER: “Infantry Weapons, Infantry Tactics, and the Armies of Germany”, *European Studies Review*, IV (1974), pp. 119-140.

combate y más dispuestos a disparar que los armados con mosquetes. El disparo rápido a corto alcance infligía enormes bajas entre hombres que avanzaban en formación y entre hombres que mantenían su posición mientras se esforzaban por cargar y disparar los mosquetes.

Hozier, corresponsal de guerra inglés que recorrió el campo de batalla en Podol después de que los prusianos forzaran el paso del río Iser, narró el sobrecogedor predominio de soldados caídos vestidos con los abrigo blancos de Austria, yaciendo tendidos donde quiera que ambas infanterías hubiesen intercambiado disparos: «En una parte de las vías férreas, tres cadáveres prusianos frente a diecinueve austriacos formaban un horrible trofeo que mostraba la superioridad del fusil de aguja». Los prisioneros austriacos se quejaban de la inquietante situación de estar de pie recargando sus armas, expuestos a los disparos, mientras el enemigo recargaba las suyas tranquila y rápidamente arrodillado o tendido en la hierba alta, oculto a la vista. Esta nueva eficiencia no conducía, como los tradicionalistas temían, a desperdiciar munición de forma indiscriminada; les daba a los hombres de infantería prusianos un sentido de seguridad, incluso en combate, a pesar de las debilidades balísticas de las armas. Los prusianos disparaban más deliberadamente que los frenéticos austriacos, que tenían muchos problemas con sus rifles de avancarga, permaneciendo de pie y expuestos al enemigo. Hozier describió el fuego de los fusileros austriacos como «zumbando sobre las cabezas de las filas enemigas». Al mismo tiempo, el soldado provisto de un arma de retrocarga «[mantenía] la boca del arma hacia abajo, y si de forma precipitada disparaba sin levantar la culata hasta su hombro, su disparo todavía surtía efecto, aunque a menudo bajo, y la prueba de ello es que muchos de los prisioneros austriacos habían sido heridos en las piernas».²⁶

Aunque la nueva arma proporcionaba confianza, quizás incluso agresividad, a los combatientes, también provocó una reforma táctica que amenazaba con cortar los vínculos del liderazgo en el campo de batalla mediante la dispersión física de las tropas. La lucha en modo abierto o “escaramuza” tenía una larga historia. Durante las Guerras Revolucionarias Francesas y las Guerras Napoleónicas, la infantería ligera, fusileros, cazadores y *tirailleurs* luchaban en formaciones de tipo nube o enjambre, poniéndose a cubierto para apuntar y retirándose o avanzando para romper las formaciones del enemigo. Sin embargo, estas tropas formaban una proporción relativamente pequeña de toda la infantería, básicamente un refuerzo a la línea de batalla, y habían sido cuidadosamente seleccionados por su iniciativa personal y entrenados para cumplir un rol especializado. El grueso de la infantería luchaba en formaciones cerradas (líneas, columnas, y bloques), más densas, y se sentían reconfortados por la proximidad física de sus compañeros y la cercana supervisión de los oficiales.²⁷

En 1866, en parte debido a las exitosas cargas a la bayoneta por parte de los franceses en Italia siete años antes, y en parte por la falta de confianza en las habilidades de sus heterogéneos, políglotas y pobremente educados campesinos-soldado, los oficiales del Imperio Habsbur-

²⁶ Henry M. HOZIER: *The Seven Weeks' War*, Londres, Macmillan, 1872, pp. 166-168; George J.R. GLÜNICKE: *1866: The Campaign in Bohemia*, Londres, Swan Sonnenschein & Co., 1907, p. 94.

²⁷ Para el desarrollo de las tácticas de escaramuza véase Paddy GRIFFITH: *The Art of War in Revolutionary France*, Londres, Stackpole Books, 1998, pp. 207-213.

go eligieron atacar las posiciones del campo prusiano en Bohemia con densas columnas de combatientes (en contraste con las formaciones más abiertas que caracterizaban a los campos de batalla norteamericanos de la época, proporcionando un duro recordatorio de cómo los factores sociales y culturales pueden modelar las tácticas militares). El fusil de aguja de rápido disparo diezmo a las formaciones a corto alcance. De forma comprensible, Hohenlohe anunció que «las tácticas de choque en formación de masas» han «perdido todo uso y valor». En su lugar, en la víspera del conflicto, argumentaba que «El punto de acción esencial de la infantería siempre será la actuación individual en el intercambio de disparos, y esa infantería obtendrá una superioridad decisiva entendiendo cómo instruir a cada individuo para que saque el mejor partido posible a su rifle».²⁸

Los oficiales con experiencia en combate pedían una ampliación sin precedentes de las tácticas convencionales de escaramuza, haciendo así que las acciones dispersas de orden abierto pasaran de ser una mera táctica de apoyo a convertirse en la principal forma de acción de infantería, y demandando que todos los hombres de infantería tuvieran las cualidades personales de los escaramuzadores de élite. En la Guerra Franco-Prusiana, esta lección se reforzó a medida que el rifle *chassepot* causaba estragos en cada unidad prusiana que maniobraba a tiro en formaciones de orden cerrado. En respuesta a ello, los soldados, a título individual, comenzaron a diseñar sus propios estilos tácticos en combate; «cuando las columnas prusianas eran golpeadas por el fuego del enemigo, se dispersaban instintivamente». En algunos casos, los soldados de a pie incluso tomaban el mando para decidir el modo y momento de un asalto. Según la historia oficial de la Guerra Franco-prusiana, durante la etapa final de la Batalla de San Privat, «en formación de marcha, y al ponerse el sol, la infantería sajona y prusiana se lanzaba sobre las posiciones que habían estado tan obstinada y prolongadamente defendidas por el enemigo».²⁹

Como Hohenlohe resaltó, es necesaria «una combinación de disciplina y de acción individual» para establecer la superioridad en el campo de batalla. Von Scherff, un táctico alemán muy influyente, aseveró: «Podemos afirmar que el orden individual se ha convertido en la única formación de batalla para la infantería». Las autoridades militares a lo largo y ancho de Europa estuvieron de acuerdo. En Gran Bretaña, la introducción de Mayne a su libro de referencia sobre tácticas de fuego señaló la «detallidad del fuego», «consecuencia del cual fue sustituir, como principio dominante en la batalla, las tácticas de choque y combate cercano por las de fuego a distancia en formaciones dispersas».³⁰

²⁸ Geoffrey WAWRO: "An 'Army of Pigs': The Technical, Social and Political Basis of Austrian Shock Tactics, 1859-1866", *The Journal of Military History*, LIX (1995), pp. 407-434; Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, pp. 47-49.

²⁹ C.M. DEGRUYTHER: *Tactics for Beginners*, Aldershot, Gale&Polden, 1994 [1905], p. 127; Wilhelm BALCK: op. cit., pp. 270-271.

³⁰ Kraft zu HOHENLOE-INGELFLINGEN: *Letters on Infantry*, pp. 49-50; Wilhelm VON SCHREFF: *The New Tactics of Infantry*, traducido por Lumley Graham, Londres, Harrison&Sons, 1873, p. 17; Charles B. MAYNE: *Infantry Fire Tactics*, Chatham, Gale&Polden, 1888, p. 1.

Escaramuzadores, rezagados y deambuladores

La proliferación de escaramuzadores también condujo a la multiplicación de rezagados, que se alejaban de la línea de fuego, y de otros que deambulaban por el campo de batalla, que jugaban un papel poco importante en la lucha y permanecían fuera de la vista del oficial detrás de un muro o en una trinchera, como aquellos hombres «indolentes» que sucumbían al «deseo natural de protección», evitando totalmente el combate. En su diario de campaña, [Norman K.] Nichols, un soldado raso del Ejército de la Unión durante la Guerra Civil Americana, manifestaba repetidamente cómo pasó días enteros «tendido en el bosque, mientras el resto estaba luchando».³¹

Muchos de los hombres de la infantería de línea que sufrían para encontrar una estrategia personal que les permitiese preservar tanto la salud como el honor podían fácilmente caer dentro de la categoría de los rezagados. Como David Thompson, otro veterano de la Unión, apuntó: «cuando las balas pegan contra los troncos de árbol y la metralla rompe los cráneos como cáscaras de huevo, el impulso en el pecho del hombre corriente es huir. Entre el miedo físico a continuar y el miedo moral a volver atrás, existe un dilema de dificultad excepcional para el cual un agujero oculto en el suelo constituye una maravillosa vía de escape».³²

La paradoja a la que se enfrentaban los establishments militares, con la introducción de las “armas de precisión” para la infantería durante las últimas décadas del siglo XIX, era que el énfasis en ponerse a cubierto durante las refriegas animaba a los soldados a buscar esos “agujeros ocultos en el suelo”. En cierto modo, este tipo de entrenamiento legitimaba a los soldados que se quedaban atrás e intentaban rehuir el combate. Como Hohenlohe señaló tras observar la forma en que maniobraban las tropas en 1876: «era imposible contener la sensación, que se apoderaba de uno mismo, acerca de cómo una ‘estampida’ generalizada se estaba elevando a la categoría de táctica». En una influyente publicación de 1888, titulada *A Summer Night's Dream*, Meckel, otro oficial alemán, describía con franqueza su primera batalla en Francia en 1870 como un «campo... literalmente sembrado de hombres que habían abandonado sus filas, y que no estaban haciendo nada. Podrían haberse formado batallones enteros con ellos... Algunos de ellos estaban tumbados, con sus rifles apuntando al frente, como si todavía estuvieran en la línea de fuego... Estos, evidentemente, habían permanecido en esa posición mientras los más valientes habían avanzado. Otros estaban arrodillados como liebres en un surco. Dondequiera que hubiera un arbusto o una zanja que proporcionaran refugio se veían hombres, que en algunos casos se habían puesto ciertamente cómodos».³³

³¹ Norman K. NICHOLS: “The Reluctant Warrior: The Diary of N.K. Nichols”, editado por T.H. Williams, *Civil War History*, III (1957), p. 36.

³² David L. THOMPSON: “With Burnside at Antietam”, en Robert U. JOHNSON y Clarence C. BUEL (eds.), *Battles and Leaders of the Civil War*, Nueva York, Yoseloff, 1884, Vol. II, p. 662.

³³ La cita de Hohenlohe en Robert HOME y Sisson PRATT: op. cit., p. 25; Jacob MECKEL: “A Summer Night's Dream”, traducción del Capitán Gawne, *United Services Magazine*, 1890, Parte 2, Núm. 740, p. 357.

La teoría táctica de Meckel adoptó la forma de un diálogo entre sí mismo y el “Coronel Hallen”. En su panfleto, Meckel se muestra sorprendido en primera instancia por la sugerencia de Hallen de que el ejército emplease «tácticas lineales rejuvenecidas», en las que «pequeñas unidades simples» implementasen «el fuego a discreción en orden cerrado». Hallen explica que no trata de revivir las masivas formaciones de orden cerrado del pasado sino basar sus tácticas alrededor del «*Züg*», una unidad de unos 60 hombres luchando en línea, como eslabones de una cadena, bajo la atenta supervisión de un oficial. Tras un sueño en el que Hallen atacaba una fortaleza liderando su regimiento de «*Zügs*» en orden cerrado, avanzando sin pausa dejando atrás toda protección posible, y en el que las inmensas bajas eran constantemente reemplazadas por soldados de reserva, Meckel se despertó «plenamente convencido de la verdad» de las palabras de Hallen. Esta ensoñación fantástica condujo a muchos historiadores recientes, como Jackman, a rechazar a Meckel como un reaccionario cuyo compromiso con las anticuadas «tácticas hombro con hombro» nacía de una ideología conservadora que ignoraba el dominio de la potencia de fuego en el campo de batalla moderno.³⁴

De hecho, los años inmediatamente posteriores a la publicación del trabajo de Meckel fueron testigos de cómo la mayoría de las infanterías europeas se reequiparon con rifles de repetición, algo que parecía ir en contra del empleo de las formaciones de orden cerrado del estilo de Meckel, incluso de pequeñas unidades simples de menos de 100 hombres. De disparo rápido y preciso, eran efectivos teóricamente a una distancia de unos 1800 metros. El manual de instrucción británico de 1889 consideraba que el límite de alcance de disparo era de 730 metros, si bien era preferible una distancia de menos de 360 metros. El manual de 1896 redefinió el límite de alcance hasta 1.350 metros, y el alcance “decisivo” dentro de los 450 metros. Para 1902, las cifras eran ya de 1.820 y 540 metros. El hecho de que tales alcances fueran significativos en condiciones de combate (excepto campos extremadamente abiertos como el altiplano Sudafricano) era discutible, pero en términos generales el aumento de la efectividad del rifle de infantería moderno era incuestionable. Asimismo, la introducción de la pólvora sin humo permitía a los soldados disparar sin revelar su posición. Añadido a las ventajas en la velocidad de disparo, rango de tiro, alcance, precisión y capacidad de penetración de las nuevas armas, esta habilidad de camuflaje ayudó a crear lo que Balck denominó «el vacío del campo de batalla», ya que los combatientes podían ahora luchar dispersos y escondidos.³⁵

La ametralladora automática también fue perfeccionada durante esta época, reemplazando a las armas mecánicas de manivela como la *Gatling*. El Ejército británico adoptó la *Maxim* en 1891, y el Ejército francés la *Hotchkiss* en 1897. Las tropas atacantes tendrían que enfrentarse ahora, en palabras del Teniente Coronel Británico Sisson Pratt, «no a balas sino a

³⁴ Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, Núm. 739, pp. 205-229; Parte II, Núm. 740, pp. 356-376; Parte III, Núm. 741, pp. 385-402; Steven D. JACKMAN: “Shoulder to Shoulder: Close Control and ‘Old Prussian Drill’ in German Offensive Infantry Tactics, 1871-1914”, *Journal of Military History*, 68 (2004), pp. 94-95.

³⁵ “Experiments at Spandau to Illustrate the Penetration of German Rifles”, *Journal of the Royal United Services Institute*, XXXVI (1892), p. 925; T. MILLER MAGUIRE: *The Development of Tactics*, Londres, Hugh Rees, 1904, pp. 94-100. La cita de Balck en Antulio ECHEVARRIA II: op. cit., p. 70.

verdaderas cortinas de plomo», segando a los hombres «no como una hoz sino como una guadaña». El avance más considerable, sin embargo, fue el de las armas de artillería. El perfeccionamiento en metalurgia, municiones y potencia dobló el alcance de tiro de los cañones hasta alcanzar más de 6400 metros, y el desarrollo de los mecanismos de retroceso que mantenían las armas en su sitio después de disparar incrementaron de manera significativa la velocidad de disparo. El cañón francés de 75 mm de 1892 podía efectuar más de veinte disparos por minuto. El Coronel H. M. Bengouth pensaba que «la importancia de la artillería en los campos de batalla del futuro se...encontrará en haber incrementado el ratio superando al resto de las tres armas. Es tan inmensa la diferencia en el entrenamiento y en el material entre la artillería de hoy en día...y la de hace un cuarto de siglo, que sería imposible predecir su efecto en el próximo siglo».³⁶

Ni Meckel ni sus numerosos admiradores eran ajenos a estos avances. Sin embargo, por poco realista que “*the summer night’s dream*” parezca, el problema táctico de cómo asegurar que los soldados cumplieran con su obligación sin exponerlos a un nivel de fuego devastador era real: «Nuestro amor por la disciplina y nuestra preferencia por el orden disperso nos llevan en direcciones opuestas». Esta contradicción situaba los “factores morales” en el punto de mira una vez más, ya que las decisiones tomadas por los soldados en los campos de batalla podían a menudo marcar la diferencia entre la victoria y la derrota. Lejos de dar por sentada la obediencia del soldado, o asumir que los comandantes de batallón podían mantener la disciplina en la batalla, los oficiales veteranos consideraban el conocer el temperamento de sus hombres como un componente esencial del liderazgo en el combate moderno.³⁷

La reflexión que hacía un general ruso a un observador militar norteamericano acerca del liderazgo moderno durante la guerra que aquél país libró contra el Imperio Otomano entre 1877 y 1878 reconocía la importancia de entender la psicología de los soldados en la batalla:

La única formación en la que las tropas pueden asaltar con éxito posiciones atrincheradas es en líneas sucesivas de escaramuzadores... En cada unidad hay un pequeño porcentaje de cobardes que tratarán de escabullirse en cuanto tengan oportunidad, otro cierto número de hombres de valentía temeraria que irán demasiado lejos y les matarán, y la mayoría de los hombres de valentía corriente pero que tenderán a vacilar cuando la lucha se encarnice. Se deben enviar las reservas en ese momento, cuando los hombres razonablemente valientes hayan estado combatiendo un tiempo razonablemente largo y se hayan encontrado con una resistencia que empiece a ponerles nerviosos, pero antes de que empiecen a retirarse; y es al decidir el momento oportuno en que enviar las reservas al frente en donde radica la habilidad de un comandante de división.³⁸

³⁶ La cita de Sisson Pratt en Antulio ECHEVARRIA II: op. cit., p. 71. Harcourt M. BENGOUTH: “Combined Tactics”, *Journal of the Royal United Services Institute*, XXXVI (1832), p. 798.

³⁷ Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, p. 206.

³⁸ Francis V. GREENE: *The Russian Army and Its Campaigns in Turkey in 1877-1878*, Londres, D. Appleton & Co., 1879, pp. 450-451.

Bajas y objetivos militares

Además de enfatizar la importancia de los factores morales en la toma de decisiones de mando, la lección del general ruso es un recordatorio de que mantener la voluntad de luchar y permanecer en las posiciones o avanzar son tan importantes como infligir bajas. La reciente tendencia historiográfica que se centra en la agresión y en el acto de matar deja de lado lo que se esperaba de los soldados en combate. El énfasis de matar como el acto “característico” y lógica última de los combatientes debe mucho a la prioridad dada al recuento de cadáveres y a las tasas de muertos como medidas de eficiencia táctica durante finales del siglo XX. El análisis de Dupuy sobre la efectividad militar alemana en las dos guerras mundiales fue sumamente decisivo para establecer esta posición. Comparando estadísticas de bajas en determinados enfrentamientos (y calculando una escala basada en la fortaleza de los diferentes ejércitos y la duración de la batalla, ajustándola con factores como la influencia de las fortificaciones), Dupuy argumentó que durante la Primera Guerra Mundial los alemanes infligieron bajas a los Aliados, de forma consistente, con un ratio favorable de tres contra dos, demostrando así su superioridad táctica. Los métodos utilizados por Dupuy reducían la actividad militar a una simple ecuación estadística, juzgando la capacidad táctica únicamente mediante índices de víctimas, sin prestar atención a la consecución de objetivos más amplios como la toma de una cumbre, forzar la línea de un río, o defender un bosque o un pueblo.³⁹

Para la generación de Meckel, el logro de los objetivos de campo a pesar de las bajas era el indicador de la eficiencia militar. Una vez comprendido en su totalidad el potencial devastador de las armas modernas, se esperaba de los soldados, ante todo, que aguantaran: «¿No tenemos líneas prusianas...manteniéndose juntas y cerradas, aunque dos terceras partes yazcan en el suelo? Una compañía experimentada no se hará pedazos hasta que su capacidad de combate esté completamente destruida». A finales del siglo XIX, la sabiduría convencional militar sostenía que una formación de combate efectiva no consideraría la retirada hasta que no haber sufrido pérdidas feroces y que, en un asalto de infantería, las tropas atacantes debían continuar avanzando mientras sus compañeros morían a su alrededor. Este aspecto se aplicaba igualmente a las tropas a caballo. Tal y como Gough escribió a Lord Frederick Roberts, su anterior comandante en jefe, en 1910, «[mientras que] la infantería puede correr, la caballería puede galopar», siempre que estén preparados «para soportar un 25 % más de pérdidas que sus compañeros de otras armas».⁴⁰

³⁹ Trevor N. DUPUY: *A Genius for War: The German Army and the General Staff, 1807-1945*, Fairfax, Hero Books, 1984, pp. 178 y 328-332. Además de lo cuestionable de reducir la Historia a una simple ecuación numérica, el otro gran problema del trabajo de Dupuy era su base de datos estadística. Su análisis comparativo de las pérdidas en el Frente Occidental no hacía mención alguna a cuánto de fiables eran las respectivas cifras de bajas; los guarismos precisos escogidos por Dupuy parecían calculados para demostrar un ratio de bajas favorable a los alemanes.

⁴⁰ Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, p. 221; “Hubert Gough a Roberts, carta, 10 de febrero de 1910”, *The Papers of Lord Frederick Roberts*, ms 7101-23-223-11, National Army Museum, Londres.

La crítica, frecuentemente mordaz, acerca de cómo las tropas británicas actuaron en Sudáfrica desde 1899 hasta 1902 recuerda esta misma actitud. El relato oficial alemán se burlaba de que después de «los infructuosos hasta el momento y especialmente costosos ataques a Paardeberg» en febrero de 1900, con el resultado de 1.300 bajas, «comienza a extenderse el nerviosismo de sufrir bajas... [U]na razón sustancial de la larga duración de la guerra fue, sin duda, la timorata tendencia a evitar intentar infligir un golpe decisivo a los Boers». Tras el vapuleo que muchas de las formaciones de infantería habían sufrido en el altiplano sudafricano, los británicos depositaron sus esperanzas en las líneas de batalla extendidas, con poca profundidad de formación, confiando para avanzar en el campo de batalla en repentinas carreras bajo fuego de cobertura. Los observadores continentales europeos, sin embargo, criticaban frecuentemente tales tácticas reacias a las bajas, pues carecían de la fuerza necesaria para tomar una posición. Las formaciones más densas podrían haber sufrido pérdidas mayores, pero una infantería eficiente habría tenido la fortaleza para continuar su avance.⁴¹

Sorprendentemente, la nueva atención que el establishment militar prestaba a la psicología de los soldados dejó atrás la idea de que la disciplina rígida y la amenaza de duros castigos físicos eran necesarias para mantener a los hombres en la línea del frente mientras todo a su alrededor colapsaba. Meckel, por su parte, estaba seguro de que en una sociedad industrial madura los reclutas bien educados podían estar condicionados ideológicamente para cumplir con su deber: «El servicio universal proporciona ahora un metal mejor que el hierro del que los guerreros [de Federico el Grande] estaban hechos... La atención cuidadosa al individuo... puede convertir este metal en el mejor acero... Hoy en día un sentido del honor reemplaza noblemente al palo».⁴²

Los teóricos europeos encontraron el modelo perfecto y efectivo de asalto en la infantería japonesa, la cual, sin preocupación aparente por las pérdidas que sufría, atacaba las trincheras y fortificaciones rusas a punta de bayoneta durante el conflicto de Manchuria de 1904-05. Puede ser tentador el desestimar el logro japonés en Manchuria como un mero indicador de la voluntad sus mandos de ahogar al enemigo en carne humana (los 50.000 defensores rusos afirmaron haber causado 60.000 bajas entre las tropas que asediaban Port Arthur antes de que finalmente se rindieran). Pero los contemporáneos eran muy conscientes de la ventaja que la tecnología moderna y la sofisticación táctica proporcionaban a los soldados japoneses. Los combatientes europeos elogiaban particularmente la manera en que los nipones utilizaban las ametralladoras: «En el campo de batalla las armas se usaban no solo en la defensa, sino que también eran usadas valientemente en el ataque, acompañando a la infantería. Hacia el final

⁴¹ ESTADO MAYOR ALEMÁN: *The German Official Account of the War in South Africa*, Londres, J. Murray, 1907, p. 226. Para respuestas británicas contemporáneas a la Guerra Sudafricana véase Arthur W.A. POLLOCK: *Simple Lectures for Company Field Training with An Epitome of Tactics and Lessons from the Boer War*, Londres, William Cloves, 1900, pp. 34-40; Charles E. CALLWELL: *Tactics of To-Day*, Edimburgo, Blackwood, 1903, pp. 52-84. Para un útil resumen de la época de las críticas francesas y alemanas véase Coronel BECA: *A Study of the Development of Infantry Tactics*, traducido por A.F. Cusance, Londres, S. Sonnenschein, 1911, pp. 60-70.

⁴² Jacob MECKEL: op. cit., Parte I, p. 218.

de la guerra existía la inclinación a emplear las armas de forma masiva [y] también se usaban acertadamente para asegurar una posición conquistada durante un contrataque». ⁴³

Del mismo modo, los comentaristas militares estaban muy impresionados con las cualidades “morales” que mostraban los soldados japoneses –su “capacidad de combate” innata y su voluntad para soportar grandes pérdidas– a quienes se les citaba frecuentemente como el factor decisivo en la guerra. Como afirmó Becke, combatiente británico de artillería caído, «El éxito japonés parece deberse en su mayor parte a la excelente calidad de sus tropas, cuyo entrenamiento, valentía, inteligencia, confianza en sí mismas, y patriotismo eran de un elevado nivel...[A]l soldado japonés se le había enseñado también cómo morir, y su país esperaba de él que cayera victorioso». ⁴⁴

Meckel fue el hombre responsable del entrenamiento de este formidable ejército. El triunfo de sus métodos en este trascendente conflicto (el primero entre dos grandes potencias en el siglo XX) sirve de recordatorio de que él, y aquellos otros oficiales que señalaban la importancia constante de los factores morales en la guerra, no eran simplemente militares conservadores sino figuras progresistas cuyo interés en la psicología del soldado era tan moderno como su aprecio por la efectividad del nuevo armamento. De hecho, consideraban que los factores tecnológicos y psicológicos estaban interconectados: el estado anímico del soldado en un campo de batalla barrido por la moderna potencia de fuego podía marcar la diferencia entre la victoria o la derrota. ⁴⁵

En el análisis final, sin embargo, la victoria de Japón en Manchuria no fue una reivindicación de esa forma “rejuvenecida” de las tácticas de orden cerrado. A pesar de la propaganda contemporánea, el diezmado ejército japonés estaba cerca de colapsar cuando finalmente obtuvo la victoria en 1905. En 1914, cuando muchos oficiales de campo europeos extrañamente rompieron con las tácticas aceptadas en ese momento para emplear formaciones de orden cerrado en Lorena, las Ardenas, Flandes y en las orillas del río Sambre, la elevado número de muertes se mostró prohibitivo. Conforme la guerra progresaba volvieron a las formaciones dispersas, controlando a los soldados en el campo de batalla a través una traslación radical de autoridad a los oficiales más jóvenes y a los suboficiales. La sección flexible de 60 soldados, luchando en secciones de 8 a 12 hombres, se convirtió en la unidad táctica básica de “fuego y maniobra”; los soldados eran libres para crear y aprovechar las oportunidades del campo de batalla por propia iniciativa. Los principios de las tácticas modernas no sólo tuvieron en cuenta la letalidad de las armas modernas, sino también los factores morales que impulsarían las acciones de los hombres en la batalla. ⁴⁶

⁴³ A. HILLIARD ATTERIDGE y F.V. LONGSTAFF: *The Book of the Machine Gun*, Londres, H. Rees, 1917, pp. 52-53.

⁴⁴ A.F. BECKE: op. cit., p. 95.

⁴⁵ Antulio ECHEVARRIA II: op. cit., p. 41.

⁴⁶ Para la distancia existente entre doctrina táctica y práctica en 1914 véase *Ibidem.*, pp. 213-215; Jonathan M. HOUSE: “The Decisive Attack: A New Look at French Tactics on the Eve of World War I”, *Military Affairs*, 40 (1976), pp. 164-169. Descripciones de la sección flexible en Ivor MAXE: “The ‘Soft Spot’: An Example of Minor Tactics”, en *Hints of Training and Training Leaflets* (Colonia, 1919), pp. 65-73; *S.S. 143*:

El legado oscuro de esta nueva orientación psicológica e ideológica, que tuvo una gran importancia en la historia de las brutales y masivas “guerras totales” del siglo XX, fue el estimulante interés en condicionar la virilidad de una nación para la guerra –en hacer hombres de “acero”, parafraseando a Meckel. Aunque los regímenes totalitarios fueron los principales villanos en este sentido, la extendida propagación de los valores militares en la sociedad civil llegó a ser evidente incluso en sociedades liberales a finales del siglo XIX y principios del XX. La popularidad de una formación casi militar para los niños, a través de organizaciones como los *Boy Scouts*, es un ejemplo de ello. La propagación del “ethos” de los antaño elitistas “colegios públicos” –que fomentaban poderosamente el cristianismo muscular, el patriotismo, y el deber– al conjunto de la sociedad a través de la literatura juvenil, las canciones populares, o las producciones teatrales es otro ejemplo. Además, la prueba definitiva del énfasis puesto por los teóricos militares del siglo XIX en los “factores morales” de la guerra no era la propagación de la ética militar en la vida pública democrática, ni el heroísmo condenado al fracaso de los soldados de la Primera Guerra Mundial. La moralidad militar alcanzó su punto álgido en el adoctrinamiento y propaganda de los regímenes nazi y soviético, siendo más visible en el fanatismo de los comisarios políticos soviéticos y de los “soldados políticos” de las SS y los *Einsatzgruppen* durante la Segunda Guerra Mundial.⁴⁷

The Training and Employment of Platoons, 1918, 1918; US Army War College: *Instructions on the Offensive Conduct of Small Units*, Washington DC, GPO, 1917 [original en francés de 1916]. Para un análisis secundario de esta táctica véase Bruce GUDMUNDSSON: *Stormtroop Tactics: Innovation in the German Army, 1914-1918*, Nueva York, Praeger, 1989; Paddy GRIFFITH: *Battle Tactics of the Western Front*, New Haven, Yale University Press, 1994; Hubert JOHNSON: *Breakthrough! Tactics, Technology and the Search for Victory on the Western Front in World War I*, Novato, Presidio, 1994.

⁴⁷ Para la diseminación del ethos de las escuelas públicas véase W.J. READER: *At Duty's Call: A Study in Obsolete Patriotism*, Manchester, Manchester University Press, 1988; Peter PARKER: *The Old Lie: The Great War and the Public School Ethos*, Londres, Bloomsbury, 1987. Para la ulterior manifestación del factor moral, ver Omer BARTOV: *The Eastern Front, 1941-1945: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Basingstoke, Palgrave, 1985; Jürgen FÖSTER: “Ludendorff and Hitler in Perspective: The Battle for the German Soldier's Mind, 1917-1944”, *War in History*, 10 (2003), pp. 321-334; Edward B. WESTERMANN: *Hitler's Police Battalions: Enforcing Racial War in the East*, Lawrence, University Press of Kansas, 2005.